



www.loqueleo.com/ec

© 1979, Abdón Ubidia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-686-6

Derechos de autor: 010060

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2014

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Séptima impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Prólogo: Carlos Arcos Cabrera

Estudio: Cecilia Velasco

Fotografía de la portada: iStockphoto

Actividades: Yanette Lantigua

Cuidado de la edición: Angélica Peñafiel

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Ciudad de invierno

Abdón Ubidia



loqueleto

Índice



Prólogo	9
Ciudad de invierno	19
Estudio de la obra	85
Cuaderno de análisis	95

Prólogo
Ciudad de invierno:
una innecesaria nota introductoria
Por Carlos Arcos Cabrera

Muestra Promocional
Prohibida su venta
© Santillana

I. Persistencia de las obras

9

Hace tiempo atrás, un joven escritor me pidió que escribiera un prólogo para su primera novela. Le contesté lo siguiente:

«Gracias por la deferencia pero no la aceptaré. La razón es sencilla, un joven escritor como tú no puede ceder la palabra a un tercero que alabe, defienda o explique su libro. La novela y la poesía se defienden solas o mueren en su ley. No hay más. El momento que pides un prólogo, pides un bastón, un padrino, y eso es lo más injusto para un libro y para un autor que sabe que lo único que tiene es su palabra y nada más».

Si esto fue lo que respondí cuando me pidieron un prólogo, ¿por qué escribo ahora una innecesaria nota introductoria a la novela *Ciudad de invierno* de Abdón Ubidia? Dos razones me llevaron a hacerlo. La primera es el intento de responder a una pregunta de rigor: ¿Por qué *Ciudad de invierno* aún atrae tan intensamente? ¿Cómo es que una novela publicada en 1979, en una ciudad tan poco literaria (a pesar de los incansables esfuerzos de algunos escritores y escritoras para tornarla un activo literario) tiene tal fuerza que el tiempo no la ha mellado?

Contrariamente, la ha pulido, la ha depurado de todo elemento innecesario.

10 La segunda razón se debe buscar en la relación entre la obra y el escritor, y allí, contra toda argumentación, me dejo llevar por lo que las palabras dicen o callan. Recupero el pragmático punto de vista de H. G. Gadamer, que en el breve e incisivo ensayo «¿Qué debe saber el lector?» plantea la tesis de que no es necesario conocer la biografía del autor para comprender o interpretar un poema; y si se sabe algo, es necesario dejarlo a un lado para alcanzar la comprensión del texto (Gadamer 104). Desde mi punto de vista, lo dicho es perfectamente adaptable a la narrativa. Como lectores debemos descubrir lo que el texto —el poema dirá Gadamer— sabe sobre sí mismo y nos transmite.

Roberto Bolaño planteará el mismo problema con la sonoridad de una bofetada: «La literatura —afirma— es una máquina acorazada. No se preocupa de los escritores. A veces ni siquiera se da cuenta de que estos están vivos» (Bolaño 29).

Desde esta perspectiva, me pregunto si tiene sentido señalar, por ejemplo, que el autor de *Ciudad de invierno*, Abdón Ubidia, nació en Quito en 1944, que fue miembro de un grupo muy especial en la historia cultural del país: los tzántzicos; que es autor de una amplia y reconocida obra literaria y de ensayo y que, alguna vez, en 1974, junto con su mujer y alguien más, anduvo por las calles de Quito en un Austin mini, nada más ni nada menos que con el escritor Julio Cortázar. La pregunta no es tanto de qué hablaron, sino cómo esos dos hombres corpulentos cupieron en el pequeño vehículo. Lo cierto es que podemos leer una obra y que esa

obra nos puede decir sus secretos más allá de su autor. ¿Qué nos dice *Ciudad de invierno*?

II. El camino recorrido por *Ciudad de invierno*

El tiempo pule una novela o la destroza o, implacable, la abandonada en el camino de la historia literaria en un pasivo olvido. No es el caso de *Ciudad de invierno*. Ésta ha tenido una gran fortuna. La primera edición data del año 1979, por Círculo de Lectores en Bogotá. Apareció junto con otros relatos —once en total— en un volumen titulado *Bajo el mismo extraño cielo*. El libro lleva prólogo de Alfredo Pareja Diezcanseco (1908-1993), quien señala ser «adversario de hacer prólogos». Aquella primera edición solo podía circular entre los miembros del Círculo de Lectores. Curiosa restricción.

Este hecho es en sí mismo relevante para esta historia. El relato *Ciudad de invierno* cobró autonomía para convertirse en una novela que ha sido editada y reimpressa no menos de veinte veces. Pareja Diezcanseco intuyó esto al señalar que entre los once relatos que conforman el libro, «unos son clásicamente cuentos; otros, hábilmente morosos y extensos, parecen novelinas, novelas cortas o novelas si usted lector quiere acordarse de Unamuno» (Pareja Diezcanseco 6). Luego de esta primera aparición, el relato se comenzó a publicar y a leer como novela, con todo lo que ello significa. Ha sido traducida al ruso, italiano, griego, alemán e inglés. Hoy por hoy, *Ciudad de invierno* forma parte de una trilogía con *Sueño de lobos* (1986) y *La madriguera* (2004), que obtuvo el premio Joaquín Gallegos Lara.

¿Cómo explicar la persistencia de esa obra, el renovado interés por leerla? Creo que una novela va trazando su camino a través de las lecturas y relecturas que se hacen de aquella. Por supuesto, tiene que cumplir con una condición: el texto tiene que ser lo suficientemente poderoso como para despertar constante y reiterativamente el interés del lector. En la historia literaria o en la historia que construyen y reconstruyen las obras, hay una apuesta: siempre es posible una nueva lectura si la obra tiene un valor.

12 Más allá de estos hechos, me interesa señalar el contexto literario en que *Ciudad de invierno* entra en escena. Es una novela posterior al llamado *boom* de la literatura latinoamericana (Rama). Se inscribe en el replanteo de la novela que se escribe en la región en los años setenta y que configuró toda una corriente que, al decir de María Eugenia Mudrovivcic, fusionó la vanguardia estética y política dando origen a lo que denomina «novela política», resultado en parte de los violentos cambios que se dieron en América Latina con el surgimiento de las dictaduras en el Cono Sur. Este tipo de novela fue el «producto emergente de la convergencia entre vanguardia estética y vanguardia política, la novela política de los setenta ideologizó los espacios del género y desvió la atención del código hacia lo no literario» (Mudrovivcic 448 y ss). Cortázar, con *El libro de Manuel* (1973), dio un impulso a este giro, puesto que hasta ese momento había sido un fuerte defensor de la autonomía estética.

Mi hipótesis es que la actualidad de *Ciudad de invierno* (me refiero al hecho de que el tiempo apenas si la ha tocado) se debe a que no se inscribe en el enfoque dominante de los setenta, el de la convergencia de la vanguardia estética y política; en

consecuencia, anuncia el tipo de narrativa que se desplegará en las décadas siguientes. Adicionalmente, y desde una perspectiva estética y temática, confronta lo que era el ambiente intelectual dominante en Ecuador, que privilegiaba el compromiso del escritor con las luchas políticas y sociales de la época, herencia prolongada de los tzántzicos. En el contexto de la literatura latinoamericana y ecuatoriana de los setenta, *Ciudad de invierno* se muestra poseedora de una gran autonomía y se orienta a la narración del conflicto interior del protagonista.

Existen pocas referencias a la recepción de la novela en sus primeras ediciones. Tenemos dos testimonios de escritores ecuatorianos consagrados de la época: Alfredo Pareja Diezcanseco y Ángel Felicísimo Rojas. Pareja, en el prólogo al que ya me he referido señalaba: «Entre riesgos, impaciencias y esperas de tensión estética, cuenta Ubidia la historia de una ciudad de invierno: espléndidamente la cuenta con la osadía de un poder narrativo profundo» (Pareja Diezcanseco 8). Ángel Felicísimo Rojas (1909-2003) la calificó de obra maestra. El análisis de los sutiles estados de ánimo del protagonista, la manera cómo se va gestando el sentimiento de la posesión celosa y su dramático desenvolvimiento están descritos en páginas admirables» (Rojas s/p). (Rojas).

Para un joven autor, las opiniones de estos dos destacados escritores fue sin duda un fuerte reconocimiento. ¿Cuál fue la opinión de sus coetáneos ante este espaldarazo y frente a una novela centrada en los avatares y dramas de una naciente clase media que siente cómo los sólidos hitos del pasado se desvanecen? No lo sabemos. Imagino que debe haber provocado más de una duda debido al conocido compromiso político del autor y a la espera de la «novela política» ecuatoriana.

13

En sus sucesivas ediciones, *Ciudad de invierno* cosechó una crítica ampliamente favorable. En 2002, María Dolores Jaramillo, crítica literaria y profesora titular de la Universidad Nacional de Colombia, señalaba que con esta novela «se instala una moderna propuesta artística basada en el juego de memorias individuales y colectivas que interactúan y se superponen formando un diálogo de espacios narrativos —públicos y privados—, un territorio de amplios significados culturales, históricos, arquitectónicos o personales, evocados por distintas voces a lo largo de los trayectos urbanos y sus transformaciones» (Jaramillo 1). Su obra sostendría un diálogo con la de Ricardo Piglia.

Ciudad de invierno continúa suscitando nuevas lecturas y reflexiones. Cito dos, tomadas un tanto al azar: Marialuz Albuja en *Del otro lado de las cosas* y *Ciudad de invierno: dos recorridos opuestos de la ciudad de Quito*, así como la de Francisca Martínez en *Abdón Ubidia y porcelana invernal*. Solo una narrativa poderosa puede seguir despertando un interés crítico.

III. La trama

El narrador de los hechos relatados en la novela, está próximo a cumplir la edad de Cristo, trabaja en publicidad, está casado con Susana (de soltera estudiaba música) y tienen dos hijos. Familia de clase media en una ciudad que se lanza a la modernidad, como lanzarse al vacío, dejando de ser aldea, atenazada por el frío y la lluvia. La ocurrencia del drama en una ciudad en transición es, a mi juicio, circunstancial, para despecho de buena parte de la crítica. El escenario podría haber sido otro y, sin embargo, la naturaleza

de los personajes y la misma historia se mantendrían incólumes. De allí que el título de la novela sea una alegoría, no de la ciudad sino del entramado de vidas urbanas, anónimas, marcadas por la desventura y la desilusión, por el temprano invierno que doblega la vida en la modernidad. Los conflictos que viven los personajes y que marcarán su destino son universales y tienen valor literario más allá del entorno de la ciudad.

La razón de que así sea la confiesa el narrador en la primera frase: «Lo que suele llamarse desventura está en uno, guardado adentro, todo el tiempo, es una cifra escondida en nuestro propio capital». La desventura irrumpe en la vida, cuando decide ocultar a Santiago, amigo de la infancia: «cínico, egoísta y megalómano», prófugo por estafador y a quien le une «un ya lejano pasado común». Decide darle refugio en su casa y, en pocos días, las certezas sobre él mismo, sobre Susana, sobre el «amigo», el amor, la amistad, el matrimonio, el bien y el mal, se destruyen, hasta culminar en un final sorpresivo.

La tensión que se acumula a lo largo de las páginas de *Ciudad de invierno* se torna en determinados momentos insoportable, pues es la expresión de una lucidez suicida: «Fue un instante como vacío —reflexiona el narrador— como suspendido en el tiempo: abocados a un mismo precipicio, un mismo vértigo nos sacudía, el pavor y la nostalgia de la vida que no vivimos, el asombro, el espanto de saber que la vida pudo ser de otra manera».

La primera vez que leí *Ciudad de invierno* lo hice a mi regreso de México, hace más de treinta años. Trataba de encontrar respuesta a una pregunta insistente: ¿Qué hay de nuevo

en la literatura ecuatoriana? Curiosamente, no me impactó tanto como la lectura actual. Hoy la encuentro de un valor tal que, mientras la leía, me llevó a las páginas de *El último encuentro* de Sándor Márai, publicada en castellano en 1999. Nada sobra en su brevedad, en su consistencia, en su elegancia narrativa de gran intensidad. Creo que con esto digo todo y hace aún más innecesaria esta nota introductoria.

Trabajos citados

- Albuja, Marialuz. *Del otro lado de las cosas y Ciudad de invierno: dos recorridos opuestos de la ciudad de Quito*. Tesis de maestría. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2002.
- Bolaño, Roberto. «Derivas de la pesada». Bolaño, Bolaño. *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Barcelona: Anagrama, 2004. 23 a 30.
- Gadamer, Hans-George. «¿Que debe saber el lector?» Gadamer, Hans-George. *Poema y diálogo*. Barcelona: Gedisa, 2004. 100-106.
- Jaramillo, María Dolores. «Abdón Ubidia: rastros y rostros de la ciudad». *Revista Iberoamericana* LXVIII.168 (2002): 123-136.
- Martínez, Francisca. «Abdón Ubidia y porcelana invernal». 2013. Matavilela. *Gente de letras*. <<http://www.matavilela.com/>>.
- Mudrovivcic, María Eugenia. «En busca de dos décadas perdidas: la novela latinoamericana de los años 70 y 80». *Revista Iberoamericana* LIX.164-165 (1993): 445-468.
- Pareja Diezcanseco, Alfredo. «Prólogo». Ubidia, Abdón. *Bajo el mismo extraño cielo*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1979. 5 a 12.
- Rama, Ángel. «El boom en perspectiva». *Signos Literarios* (2005): 161 a 208.
- Rojas, Ángel Felicísimo. *El Comercio* 1 de enero de 1980.
- Ubidia, Abdón. *Bajo el mismo extraño cielo*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1979.



*Pienso que ojalá hubiera
en este momento
un eclipse de sol y de luna,
y que la aterrada tierra
se abriese en esta confusión.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*



Lo que suele llamarse desventura está en uno, guardado adentro, todo el tiempo, es una cifra escondida de nuestro propio capital. A veces, por aburrimiento, por desenfado, uno saca de ese fondo personal una moneda y apuesta por una vez a la muerte, apuesta en contra de uno mismo. Es un juego ingenuo, claro. El riesgo es tan pequeño que existen todas las probabilidades de ganar: acelero el auto cuando el semáforo se pone en rojo porque sé que estoy en una zona en donde el tránsito es muy escaso; apunto un revólver hacia mis sienes y aprieto el gatillo porque recuerdo bien que no lo he cargado en mucho tiempo. El riesgo es, pues, apenas la ilusión del riesgo. No he ganado ni he perdido nada, pero he ganado la ilusión de que he ganado. Como jugar a una ruleta rusa en la cual hay un tambor que gira con un millón de alvéolos vacíos.

Quizá esto explique en parte por qué fue que llevé a Santiago a casa.

Estábamos sentados en una de las mesitas al aire libre del café de siempre. Mirar, hablar, oír, entre sorbo y sorbo de un vaso de cerveza o de un capuchino ya frío y con la espuma endurecida en los bordes de la taza de cristal.

Los jóvenes y los no tan jóvenes pasaban y repasaban por la alegre avenida, ágiles, modernos, despreocupados, buscando un sitio en aquel café o en el restaurante vecino. La moda los confundía en ropajes deliberadamente pobres y ligeros. Eso se veía sobre todo en las muchachas: *blue jean*, sandalias, a veces una liviana blusa forrada al cuerpo casi siempre fino, casi siempre elástico. Hablo, claro, de lo que nosotros preferíamos ver. Y había turistas, *hippies*, gente errabunda de todo tipo. Era agradable el lugar. Las mesas tenían parasoles de colores y de entre ellas se alzaban dos árboles con los tallos blanqueados con cal. Del otro lado de las tupidas filas de autos, estaba el supermercado y por sobre él asomaban las torres góticas de la vecina iglesia. En los atardeceres era hermoso contemplarlas erguidas contra el cielo arrebolado. Un día pensé que tendría tiempo de hablar de los fantásticos atardeceres de mi ciudad. Incluso me había fabricado al respecto una frase para soltarla en alguna ocasión especial, porque entonces no temía la afectación que consideraba un riesgo inevitable de todo conversador. Decía la frase: «Siempre habrá un atardecer arrebolado para salvarnos de la muerte». Nunca tuve oportunidad de decirlo. Es que había tantas cosas de qué hablar. Empezando por la ciudad, súbitamente modernizada y en la que ya no era posible reconocer las trazas de la aldea que fuera poco tiempo atrás. Ni beatas, ni callejuelas, ni plazoletas adoquinadas. Eran ahora los tiempos de los pasos a desnivel, las avenidas y los edificios de vidrio. Lo otro quedaba atrás, es decir al Sur. Porque la ciudad se estiraba entre las montañas hacia el Norte, como huyendo de sí misma, como huyendo de su propio pasado. Al Sur, la mugre, lo viejo, lo po-

bre, lo que quería olvidarse. Al Norte, en cambio, toda esa modernidad desopilante cuya alegría singular podía verse en las vitrinas de los almacenes adornadas con posters de colores psicodélicos, en esos mismos colores que relampagueaban por las noches en las nuevas discotecas al son de ritmos desenfrenados de baterías y guitarras eléctricas, y podía verse también en las melenas y en los peinados afro de las chicas y los chicos que saludaban desde las ventanas de sus automóviles con el pulgar levantado, apuntando al cielo, como diciendo «todo va para arriba», porque, en efecto, todo iba para arriba, y no solamente los edificios y los negocios de todo tipo, sino, además, lo que Santiago llamaba el cúmulo de las «experiencias vitales» de la gente. «Es el petróleo», decía Andrés soltando suavemente las palabras y como envolviéndolas en las grandes volutas del humo de sus cigarrillos negros. No era que lo creyéramos equivocado pero Andrés era uno de esos hombres solemnes y trascendentales, que se emplean a fondo en su propia gravedad hasta para dar los buenos días. Y aquello invitaba a rebatirlo sin que importara mucho la validez de sus opiniones. Después de todo se trataba simplemente de conversar. Entonces alguno de nosotros le salía al paso y le decía: «No solo es eso, hermano, es la época». A lo cual los demás aportábamos con nuevos argumentos que buscaban persistir en la degustación, en el disfrute, en el enamoramiento de esa palabra como hecha de ecos: «época», y que era capaz de resumir, en sí misma, todo un conjunto heterogéneo de causas, y mostrarlas de un modo definitivo en forma de un estilo de vida inconfundible, de una manera de reír y de sufrir, de vivir y de morir, inconfundible. Y al decirlo así

ya no era necesario evocar los consabidos y prestados ejemplos de fin de siglo o de los años veinte; no era necesario, pero el atardecer, confiado solo a la mirada, terminaba por volverse aburrido, y había que evitar los lugares de la conversación en los cuales pudiera colarse un silencio demasiado prolongado y entonces hablábamos del cancán y de la vida de Toulouse, o de Chicago y los gánsters y de la ternura infinita de Chaplin. Todo eso para llegar a la conclusión de que en esa ciudad nos había tocado vivir también, a nuestro modo, una época con signos propios y precisos, nuestra «bella época». Ella había cambiado la ciudad, ella había irrumpido en nuestras vidas revolviéndolo todo, metiéndonos en esa fabulosa confusión en donde nunca más sería lo que antes fue. Y lo único que alcanzaba a entenderse de aquel barullo era que andábamos como perdidos en una vertiginosa, agobiante, casi angustiada búsqueda de la felicidad. No era otra cosa lo que nos arrastraba a las fiestas y a las borracheras, a los cines y a los restaurantes, a la marihuana a veces, al alcohol casi siempre. Entre tanto la ciudad crecía hasta desbordarse, entre tanto las inversiones sucias y no sucias estremecían las cajas registradoras de los ricos, entre tanto las ruletas de los casinos giraban incansablemente, entre tanto nuestras vidas y las vidas de aquellos que conocíamos adquirían fisonomías imprevistas: hubo uno que se metió en las drogas hasta la locura, hubo otro que no paró hasta verse convertido en millonario, y muchos más que estaban en trance de serlo, otro que después de haberlo sido quebró aparatosamente; hubo desde luego intentos de suicidio, en fin, pero sobre todo hubo lo que solíamos llamar «las crisis de pareja», mote con el cual acu-

ñábamos todo tipo de divorcios, separaciones, reuniones, adulterios y demás hecatombes conyugales que se propagaban, lo juro, por toda la ciudad como una fiebre irreal engendrada por tanto cambio exterior que parecía exigir, a la par, cambios y readecuaciones en la misma intimidad de la gente.

Dentro de ese cuadro era comprensible que alguien, deliberadamente o no, viviera de alguna manera todas las vicisitudes de los nuevos tiempos. Y ese fue Santiago. Ahora, inclinados hacia el centro de la mesa, entre susurros, sobreentendidos, claves y rostros preocupados, hablábamos del extraño destino, o mejor, del extraño proceder suyo. A Santiago hoy lo definiría como un cínico, egoísta y megalómano. Por esos días, yo rehusaba esos epítetos. Los consideraba inevitablemente cargados de un moralismo vacuo, que nunca definía nada aparte del malestar de quien los empleaba. Hoy prefiero usarlos sin pensar en ellos. Entonces añado que no conoció nunca ni la lealtad ni el pudor. Tres matrimonios y otros tantos divorcios, un asunto turbio que nunca pudo precisarse bien, no le impidieron hacerse de una sólida carrera de ejecutivo con pretensiones de empresario. A veces se dejaba caer en el café, burlón, desenfadado, cínico. Contaba un par de anécdotas, hablaba de sus nuevos proyectos y luego se iba con una broma casi siempre irónica. Nosotros lo veíamos avanzar entre las mesas, tomar su flamante auto y arrancar con un chirrido de llantas. «Es un arribista», decíamos o queríamos decir, como si la palabra arribista significara en ese caso algo más que la envidia, y como si a su vez la palabra envidia fuera algo más que un poco de nostalgia y un poco de rencor, eso para no seguir la

serie. De pronto, la noticia: Santiago prófugo; había girado cheques sin fondos en varias cuentas y por buenas sumas y había firmado vales con intereses increíbles, se supone. Todo eso para cubrir otras cuentas y otros pagarés que, de acuerdo a los rumores, se le vencieron a un tiempo. El oscuro negocio en que se hallaba envuelto fue denunciado por un exsocio suyo y cuando todo se vino abajo de un golpe, no tuvo más remedio que firmar otros vales y huir.

24 Debo advertir que no nos escandalizaba el hecho en sí, la estafa si se quiere. En la nueva ciudad parecía ser que todo el mundo la ejercía según su iniciativa. Unos más, otros menos, es natural. Alguien se eximiría de jugar ese juego, claro. A lo mejor exagero, pero la impresión que yo tenía era esa. No de otro modo alcanzaba uno a explicarse tanto dispendio, tanto precipitado, impetuoso esplendor. «Mirá, che», decían los argentinos en una de las mesas vecinas del café. «Mirá, es la ciudad con más Mercedes por habitante que he visto, mirá», y era que un Mercedes majestuoso, imponente, pasaba en ese instante por la avenida, con alguien que sonreía en su interior. Además había tantas historias oscuras que se contaban en la ciudad. Entonces, una estafa más no nos escandalizaba. Incluso que Santiago la hubiera cometido, hasta se me antojaba lógico. Lo extraño era cómo la había hecho. De ese modo grosero, violento, imprevisto. Sin resguardos de ninguna naturaleza, sin ponerse a pensar siquiera en una última salida, en una puerta de emergencia que lo salvara si el asunto resultaba mal. Lo extraño era esa forma audaz e irresponsable de haberla realizado, como quien lanza un golpe de dados y sabe que la desgracia o la fortuna nunca podrán ir

más allá del instante en que los pequeños cubos dejan de dar vueltas y se quedan inmóviles con las contundentes y definitivas caras superiores, que muestran el signo de la fortuna o de la desgracia.

No. Santiago no había previsto salidas adicionales.

Ahora no sabíamos qué hacer con él. Andrés no podría esconderlo más que un par de días. A su casa iba mucha gente. Con la Policía y los acreedores detrás, no era prudente. Quedábamos, pues, dos o tres probables anfitriones. Al menos por el tiempo que demorara Andrés en encontrar la forma de sacarlo del país. Con Manuel no se podía contar, no estaba presente. Así que a Fausto, a Rodrigo y a mí nos correspondía elegir.

Hubiera sido fácil decir cualquier cosa, cualquier pretexto, eludir con una mentira evidente y por lo mismo inapelable, la responsabilidad de refugiario. Decir que la falta de espacio, que una tía iba a venir de vacaciones, que estábamos en trance de cambiarnos de departamento, etc. Después de todo a Santiago nos unían apenas unas tardes de café, un encuentro fortuito, un par de opiniones desdeñosas que compartíamos fríamente acerca de los nuevos tiempos, y a las cuales tampoco dábamos mucho crédito y, desde luego, lo que importa menos en estos casos, el recuerdo de un ya lejano pasado común. Mas, en lugar de la respuesta elusiva, preferíamos callar, seguir mirando la calle, insinuar algún comentario a media voz y en medias palabras acerca de la situación de Santiago tomada en su conjunto, en el fondo, evitando precisar nada. ¿Cabía llamar miedo a lo que a Rodrigo, a Fausto y a mí nos impedía decidir? ¿Miedo a tener problemas con la Policía, a pasar por encubridores, a vernos